

SMIRNA

Todos nos hemos levantado con el día para ver Smirna. Desde ayer la impaciencia es general á bordo.

— ¿Llegaremos temprano?

— ¿Podremos desembarcar?

Y los oficiales del barco, que conocen por experiencia la incertidumbre de las cosas orientales en tiempo de guerra y de peste, no contestaban sino con evasivas. Pero, á pesar de que los faros están apagados, á pesar de que las entradas de los golfos se hallan custodiadas por barcos italianos, á pesar de que los Lloyds aconsejan á los pilotos una prudencia grandísima, nuestro viejo *Niger*, de aspecto decrepito y sucio, llega sin una sola hora de retraso. Á las seis de la madrugada comenzamos á penetrar en aguas de Smirna.

— ¡Es increíble que hayamos andado tanto!

— gritan los marinos.

Á mí lo que me parece increíble es que real-

mente las costas que ahora vemos sean, en realidad, las de la gran ciudad del Asia Menor donde nació Homero.

Desde la proa, en la lenta marcha cautelosa hacia el muelle de piedra, que aparece allá, en el fondo, lleno de fardos y de cuerdas, la impresión que experimentamos no tiene nada de asiática. Esta atmósfera no es de Levante. El cielo, con sus palideces de otoño, tiene suavidades enfermizas y friolentas que hacen pensar en las regiones del Norte. La tierra surge de entre la ligera niebla matutina con una tranquilidad verde de huerto francés. Por las faldás de la montaña que tenemos á nuestra derecha los surcos del arado suben hasta donde alcanza la vista. Los sotos recortan el espacio en cubos simétricos. Los cercos extienden sus líneas espinosas por entre los plantíos. Y lo que más nos sorprende no es que todo el litoral sea verde, muy verde, sino que su verdura no parezca asiática, ni oriental, ni meridional siquiera. ¿Se habrá equivocado el comandante, trayéndonos de nuevo á Europa, después de la escala del Pireo?... Porque, á medida que nos acercamos más al puerto, más lejos nos hallamos de la gran metrópoli de la Anatolia, tal cual los poetas nos la han hecho soñar. En lontananza no descubrimos ni siquiera un ciprés. Los altos chopos, descarnados, crecen en las márgenes del mar azul como en las orillas pálidas de los grandes ríos europeos.

— Parece que volviéramos á Francia — dice alguien á mi lado.

Parece, en efecto, que penetráramos en una rada de la suave y frondosa y húmeda Normandía.

* * *

Los edificios que empiezan ya á destacarse en primer término del anfiteatro urbano, aumentan la desilusión, con su simetría de grandes casas sin estilo, hechas para contener mucha gente ó para halagar la vista de los que las contemplan desde el mar.

— Son palacios — dice la gente, — son palacios; sin duda, palacios contruídos por arquitectos de Munich ó de Bruselas; palacios muy nuevos, y de los cuales la joven Turquía debe estar orgullosa.

— Ya veis — parecen murmurar los otomanos que se pasean por el puente de nuestro barco y que sonríen satisfechos, — ya veis que eso de las casas viejas, con azoteas africanas, es una pura leyenda. Nuestras grandes ciudades son tan europeas como París y Londres.

En efecto. Todo lo que descubrimos á primera vista en este vasto panorama de Smirna, es de un occidentalismo absoluto. Los techos son de tejas mecánicas, horriblemente rojas. Las facha-

das son de estilo alemán. Y, para colmo de desengaños, los rótulos que comenzamos á leer en la vasta explanada del muelle, no anuncian sino « Palaces Hoteles », « Cervecerías de Pilsen », « Bares ingleses », « Fábricas eléctricas » y « Baza- res parisienses »...

* * *

— ¡ Las primeras lanchas ! — gritan, alegres, las muchachas de á bordo, viendo venir á los vendedores ambulantes que en los puertos de Oriente toman por asalto los buques y ofrecen pintorescas baratijas á los pasajeros.

Aquí están, en efecto, las primeras lanchas. Aquí están los vendedores. ¿ Y sabéis qué nos ofrecen ? La tercera edición de *La Réforme*, el diario francés de Smirna...

* * *

Hemos bajado á tierra.

Lo primero que me sorprende, al internarme en las calles bulliciosas y estrechas de esta gran ciudad, es el aspecto de satisfacción y de tranquilidad que noto en la gente. Todas las tiendas

tienen sus mercaderías amontonadas en las puertas, á la manera de Oriente. Todo el mundo compra, y vende, y charla y fuma. Los turbantes árabes mézclanse con los hongos griegos, y los feces turcos fraternizan con las gorras europeas. Cogidos del brazo, como dos hermanos, acabo de encontrar en una galería del Bazar á un magnífico pappas armenio, de gran barba blanca, y á un sórdido franciscano de cara de galeote. En las terrazas de los cafés los lánguidos otomanos, de rostros duros, fuman sus legendarios « narghilés », mientras los armenios, ágiles, gesticulan ante sus copas de mastic, oloroso á anís y á ajenjo. En ninguna parte una amenaza. ¡ Qué digo ! En ninguna parte una mirada hostil, en ninguna parte una de esas sonrisas burlonas que tan comunes son en Europa cuando pasa un forastero. Las lindas francesitas que han desembarcado conmigo, y que pasean fanfarronamente sus enormes sombreros floridos, de la rue de la Paix, no suscitan sino miradas galantes y respetuosas.

— Si estuviéramos en Holanda — las digo, — ya veríais cómo os insultaría la gente, cómo os apedrearían los chicos.

Ellas no me creen. Holanda, para ellas, es un país civilizado, mientras Turquía es un pueblo salvaje.

* * *

— No nos alejemos mucho del centro — murmuran.

Pero, sin sentirlo, nos metemos por una larga calle, llena de vendedores de alfombras; pasamos por una plaza; en la cual los barberos afeitan al aire libre; trasponemos un puente y, de pronto, nos encontramos ante un campamento de asiáticos, al pie de un maravilloso acueducto bizantino.

— ¡ Qué imprudencia ! — murmuran mis compañeras.

Luego, viendo que nuestra presencia no causa la menor agitación entre esa gente, que apenas nos mira, una gran confianza se apodera de las parisienses.

— En el fondo, es buena gente — murmura una de ellas.

— En el fondo y en la forma — la digo, haciéndola observar la maravillosa belleza de un beduino que pasa á nuestro lado cargado de fruta.

— Es cierto — exclaman todas.

Y sus ojos francos admiran, sin hipocresía, la hermosa bestia humana que delante de nosotros ondula armoniosamente dentro de su estrecha túnica.

— Volvamos al centro — dicen todas.

— Volvamos.

* * *

Por entre calles sin carácter, por entre angostas calles tortuosas, que lo mismo podrían ser de una ciudad italiana que de una ciudad española; por entre largas calles calladas, polvorientas y luminosas, llegamos de nuevo á los barrios comerciales, en donde, por lo menos, hay, para recrear la vista, hacinamientos de trapos y de alfombras; de armas, de arneses, en las puertas de las tiendecillas.

— Esto sí es Oriente — dice alguien.

Pero apenas lo han oído los vendedores callejeros, cuando comenzamos á recibir ofrecimientos de mercaderías variadísimas, en las lenguas de todas las naciones europeas.

— ¡ Trajes bonitos ! — gritan unos en francés.

— ¡ Alfombras ! — dicen otros en inglés.

— ¡ Cambio de moneda ! — exclaman los demás allá en alemán.

Todos ellos, empero, son de Oriente, y tienen, como buenos orientales, bellos ojos soñadores, gestos felinos, maneras majestuosas. Mas son orientales europeizados, como Smirna es una ciudad de Oriente que se muere por parecer occidental.

— ¡ Dios sabe — me dice una compañera de viaje — lo que habrá costado que esos chopos odiosos se desarrollen en esta tierra de cipreses y de mirtos !

La gran calle de Pera

LA GRAN CALLE DE PERA

La gran calle de Pera, esta tarde gris, en que el sol no llega hasta el suelo; la gran calle de Pera, con su empedrado lodoso, con sus rieles obstruidos por las basuras, con sus alambres telegráficos que rayan de negro el espacio; la gran calle de Pera, que es la arteria de la vida europea, de la vida joven turca, de la vida constitucional, de la vida cosmopolita...

— ¡Nuestro bulevar! — dicen con orgullo los otomanos.

Y eso es, en efecto. Pero es un bulevar en el que todo choca y nada sorprende. Á mí, por lo menos, me choca el contraste de los grandes hoteles, presuntuosos, con nombres enfáticos, con fachadas gigantescas, y las miserables casitas, de ventanas herméticas. Me choca el vecinaje de inmensos cafés, muy dorados, muy parisienses, muy ruidosos, y de oscuras tabernas, en donde apenas caben unos cuantos bebedores de « mastic ». Me chocan las tiendecillas que han conservado las proporciones de los « comercios » de bazar

oriental, pero que han renunciado á todo desorden pintoresco, para adoptar escaparates europeos; las tiendecillas de rótulos pomposos, los « Louvres » de diez metros cuadrados, los « Bon marchés » del tamaño de una alcoba, los « Printemps, » diminutos. Y me choca la gente también. Me chocan las bicicletas que pasan, exponiéndose á resbalar en las cortezas de naranjas; me chocan los conductores de los minúsculos tranvías, que apalean sin piedad á sus caballitos apocalípticos; me chocan los cocheros de punto, que duermen como sultanes en los pescantes de los simones. Y me chocan los vendedores ambulantes como seres de cuento fantástico; esos vendedores de cosas misteriosas y brillantes, esos lánguidos vendedores, que llevan á cuestas tinajas plateadas, tablas multicolores, cestos colosales, sacos henchidos, y que pasan por las aceras lentamente, muy lentamente, recitando sus melopeas, incomprendibles para mí...

Me choca toda la gente, en fin : esta gente venida de todas partes, esta gente que habla todas las lenguas, esta gente que se atropella, que se roza, que se interpela; esta híbrida y heterogénea gente de la Constantinopla europea, que se viste como en Occidente, con grandes alardes de modernismo, pero con una sordidez enternecedora, con levitas muy cortas ó muy largas, con « jaquettes » desteñidas, con americanas casi siempre estrechas; esta gente que, á veces,

lleva frac por la tarde, pero que no se quita el fez ni aun para cenar con señoras europeas; esta gente, que forma una multitud sin carácter, compuesta de griegos, de judíos, de armenios, de turcos, de europeos; esta gente, recelosa y gesticuladora, que parece triste incurablemente.

Sentado en la terraza de un café, viendo el enorme río humano que pasa con su caudal desordenado entre los muros grises de las casas, experimento una sensación de espectáculo ya observado, de cinematógrafo ya visto, de panorama ya contemplado. Sí, sin duda... Pero ¿dónde?... En Oriente y en Extremo Oriente no ha sido, de seguro... Más bien, en América, en aquel Canadá á medio edificar, cuyas ciudades mezclan los palacios y las barracas en espacios inmensos... Ó más bien, en la Luisiana, en Nueva Orleans, á orillas de Atlántico, allá, en donde las calles son como ésta, donde la población está mezclada de gentes de todos colores, donde la sordidez y el lujo se confunden, donde todos los rótulos están escritos en francés, como aquí...

Un estado de alma oriental

UN ESTADO

DE ALMA ORIENTAL

Con una sonrisa misteriosa, el « joven turco », para el cual un amigo de París me diera una carta de recomendación, murmura, haciéndome grandes saludos islámicos :

— Venga usted á « Petits-Champs » y á la « Grande Rue de Pera », allá veremos toda clase de gente, allá oirá usted hablar de lo que más nos interesa. Porque desde que tenemos una Constitución y un gobierno parlamentario, ya no nos escondemos para expresar libremente nuestro modo de pensar sobre la cosa pública. Por los periódicos lo habrá visto usted. Nuestros cuatro diarios publicados en francés, *Stamboul*, *La Jeune Turquie*, *La Constitution* y *La Réforme*, llevan cotidianamente nuestras quejas y nuestras esperanzas hasta el fin del mundo. Nuestra Prensa nacional habla con idéntica franqueza. El ministerio pasa malos cuartos de hora leyendo nuestros « leaders ». El mismo visir actual, á pesar de sus ochenta años, á pesar de su gran patriotismo, á pesar de su

prestigio de patriarca, tiene que aguantar que nuestros periodistas le llamen viejo incapaz y cadáver ambulante. Nuestra ciudad es un centro donde la opinión pública se impone á gritos.

Así hablando, hemos llegado á las alturas del viejo cementerio turco, que la civilización ha convertido en un jardín á la europea, en el cual los cipreses sagrados se mezclan con los rosales de la Malmaison y con los claveles de Versalles. Camposanto llamaron á este barrio los primeros occidentales que aquí se establecieron, y los levantinos, que todo lo afrancesan, tradujeron las dos palabras, poniendo *Petits-Champs* en las placas municipales del barrio. ¡Ah! *Petits-Champs*, corazón moderno de la moderna Bizancio cosmopolita, ¡cómo simboliza tu imagen á la nueva Turquía constitucional y parlamentaria! Tus palacios, construídos entre tumbas, son iguales á los alcázares nuevos que Ahmed Riza y sus amigos quieren construir idealmente en la patria de Abdul-Hamid. Por todas partes, material y espiritualmente, el que penetra se encuentra á cada paso con una tumba que impide seguir adelante.

— Vea usted — me dice mi amable cicerone con ingenuo orgullo. — Vea usted.

Y veo los formidables « palaces » que se alzan á uno y otro lado de la calle, los *Pera Palace*, los *Magestic Palace*, los *Bristol Palace*, los *Continental palace*... Porque desde hace algún tiempo,

los hoteles son siempre « palaces » aquí como en el resto del mundo. Pero esto no es todo lo que mi amigo me indica con el dedo. También tengo que admirar los cafés-conciertos, imitaciones de *Folies Bergères* lejanos; los « *Parisiana* », con sus fachadas consteladas de lámparas eléctricas: los « *skatings* », con sus pórticos marmóreos; los « *Eldorados* », llenos de espejos, llenos de músicas, llenos de banderas...

— Esto no existía durante el antiguo régimen — me dice.

Y haciéndome entrar en un café inmenso, más inmenso que él más inmenso de Berlín ó de Barcelona, agrega sonriendo :

— Ni esto tampoco...

¿Qué es lo que mi cicerone quiere decirme con su sonrisa enigmática? ¿Es el establecimiento el que data de la revolución, ó es la alegría franca de los que pueblan sus mesas? Cuando Blasco Ibáñez volvió de su viaje á Oriente, más orgulloso que Lamartine, hablóme, si mal no recuerdo, de gigantescos restaurants en los cuales las damas de Pera, muy veladas, cenaban embriagándose con músicas orientales, mientras los espías del sultán, vestidos de maneras fantásticas, escuchaban las conversaciones de los europeos. Hoy, la verdad sea dicha, veo los restaurants, pero no veo á las damas veladas. En cuanto á los espías, todo el mundo sabe que ya no existen. Si existieran, no tendrían necesidad de esfuerzo ninguno

para saber lo que la gente piensa, pues las conversaciones son casi tan ruidosas como las de Madrid. Cada bajá, cada bey, cada banquero, cada oficial, en el centro de su grupo, diríase que tiene empeño en hacer saber al café entero lo que piensa de la situación. Los militares, sobre todo, vociferan.

— Hablarán de la guerra — le digo á mi compañero.

— No tiene usted más que acercarse para saber lo que dicen — me contesta.

Y, en efecto, noto con disgusto que, aquí como á bordo, los orientales se complacen en no hablar sino en francés. La razón que ellos dan, es en apariencia muy sencilla. Componiéndose cualquier grupo otomano de elementos diversos, en los cuales el griego figura en una proporción de 40 por 100, el turco de 30 por 100, el armenio de 10 por 100, el árabe de 5 por 100 y el europeo de 15 por 100, el único medio de entenderse es emplear una lengua universal. Y á fe mía, hay que confesar que si esta gente se complace en hablar francés, es porque lo conoce admirablemente. Desde el gran visir hasta el último cochero de Galata, no hay otomano que no sepa muy bien el idioma de monsieur Constans. Los mismos judíos españoles, que hasta hace poco habían tenido el orgullo de no emplear en sus conversaciones sino la lengua tradicional, comienzan á adoptar la moda « joven turca ».

Tristemente decíame en Smirna hace pocos días mi querido Manrique de Lara, que ya no hay señorita sefardí que no se envanezca recitando estrofas de Verlaine en las veladas familiares de Hashkevi y de Balat.

— Es el verdadero esperanto — dícame mi cicerone, repitiendo, sin saberlo, una frase de Cortón.

Aprovechando la moda, me convierto, pues, en un oidor. Y os aseguro que no hubo en todo el reinado de Abdul Hamid un solo espía que escuchara con tanto cuidado como yo. Lo que dicen los militares, especialmente, me interesa. Oigo á uno de negros bigotes fieros y de manos peludas, que acompaña cada palabra con un puñetazo en el velador. Le oigo que cuenta una aventura galante, en la cual figura la mujer de un embajador americano y el hijo de un judío ruso. Y como la historieta no me interesa, por lo menos esta noche, cambio de sitio y tomo otra copa de mastik junto á otro grupo, mandado por otro guerrero. Éste es muy fino, muy oriental. Fumando lánguidamente cigarrillos perfumados, y acariciándose el sedño mostacho, habla, con pausa, muy claro. Su conversación es militar. « En caso de una guerra — dice — yo creo que las fuerzas actuales se hallarían equiparadas. » Mi alegría es grande. ¡ Oir á un coronel otomano examinar la situación de Italia y de Turquía en el momento actual !... Porque no hay duda de que

esas fuerzas de que habla son las de su patria y las de sus adversarios. ¿No es verdad?... Pues no, señor. Esas fuerzas equiparadas son las de Francia y Alemania, esa guerra que le parece posible, es de la Triple Alianza y la Triple « entente ». ¿Qué voy, pues, á ganar oyendo sus discursos, por doctos que sean?

— Ve á ver lo que esa gente piensa de la situación actual — me dijo mi director al enviarme á Oriente.

Voy, pues, á cambiar de mesa y á pedir otra copa. Por fortuna, este aguardiente del Profeta es de una suavidad aterciopelada, con su saborcillo de anís para señoritas. Un tercer militar, muy cano, muy serio, muy hosco, muy triste, preside un tercer cenáculo. Mi presencia y la de mi compañero parece inquietarlo. ¡Bien se ve que éste es de los que conocieron el antiguo régimen de los espías disfrazados de turistas! Para calmarlo, hablo en español. Mi amigo no me entiende, pero me comprende. Sonríe. Sonríe. Y comenzamos á oír la charla vecina, que no es brillante, no, ni lírica, ni apasionada, ni docta. « Los ferrocarriles están mejor » — dice uno de los del grupo. — « No, no — dice el militar, — es preferible insistir en los transportes. » Y, naturalmente, yo me figuro que he llegado en el minuto mismo en que se prepara la movilización de las fuerzas turcas. Pero, ¡ay!, apenas transcurre un cuarto de hora, ya he notado que se habla de

Bolsa, y que esos ferrocarriles y esos transportes no son sino valores negociables, cuya alza y cuya baja preocupan á mis vecinos.

— Vamos á otra mesa...

— Vamos si usted quiere — dícame mi paciente amigo; — vamos á donde usted quiera; pero, la verdad, es que lo único que lograremos, tomando copas y copas, es emborracharnos. Este nuestro licor nacional esconde una gran fuerza embriagadora bajo su dulzura. Por lo demás, créame usted á mí, entre todas las personas que se hallan esta noche en este café, y que de seguro pasan de quinientas, no hay cincuenta, ¡qué digo!, no hay veinte, tal vez no hay diez, que hablen de la guerra de Trípoli. Para los turcos, eso no tiene importancia de ninguna clase, así, como usted lo oye, de ninguna clase... ¿Qué es Trípoli?... ¿Dónde está Trípoli?... ¿Qué ha producido jamás Trípoli?... ¿Quién ha ido á Trípoli?... Los fanáticos, al principio del conflicto, trataron de despertar al león del Islam para hacerlo rugir contra los perros cristianos. Pero pronto notó el país entero que toda lucha era imposible. Y con la resignación de la raza, se dió por perdido el territorio, que aún nos quedaba entre Egipto y Túnez. Después de todo, un jirón más de nuestro imperio no es cosa que nos inquiete, cuando no se trata del Asia Menor. Nosotros somos asiáticos; nuestra alma está en Asia; sólo Asia nos preocupa. Contra los que nos despojan, no abrigamos

odio ninguno porque no nos sentimos humillados por ellos. Ahí tiene usted á los italianos de Constantinopla... En este mismo café, estoy seguro que hay muchos de ellos que ni siquiera se toman el trabajo de hablar francés para que no se los reconozca. Pues bien; esto señores militares pasarán junto á ellos y no experimentarán el menor rencor, el menor enfado. Un periódico satírico decía hace pocos días que en lo único en que ha influido la guerra actual, si á esto puede llamársele guerra, es en los « menús » de los restaurants de Pera. Los platos que antes se llamaban « á la milanesa » ó « á la napolitana », ahora se llaman á la húngara ó á la bohemia. Eso es todo. Los mismos alemanes, contra los cuales se ha tratado de irritar á la opinión otomana, recobrarán su influencia en cuanto pase el conflicto, porque nuestro país tiene necesidad del crédito de Hamburgo y de la banca de Frankfort y de Berlín. En cuanto á los italianos, ni siquiera nos ofenden. Todos nosotros estamos convencidos de que si la lucha fuese posible, doscientos mil soldados turcos derrotarían á todos los ejércitos del rey Víctor Manuel. La culpa de esta fanfarronería la tenemos en parte, nosotros mismos, que creemos á nuestras tropas admirables; pero también la tienen un poco los italianos, cuya epopeya, desde que la unidad existe, se reduce á la vergonzosa derrota de Abisinia. « ¡ Pobres macarronis ! », decimos todos en nuestros momentos de enfado,

alzando los hombros. Pero eso no dura sino un instante. Luego, á sangre fría, reconocemos las admirables cualidades del pueblo toscano, y hasta excusamos su apetito conquistador. Lo que nos hiere y nos indigna, es que no hayan esperado un pretexto ó que no lo hayan inventado como los franceses en Argel. ¡ Es tan fácil !... Nosotros, en nuestra época de expansión nacional, siempre invocábamos motivos serios para devorar pueblos... Ahora...

— Mi amigo ha dejado de sonreír.

— Ahora — me dice — ya no pensamos en grandes empresas, sino en vivir lo menos miserablemente que podemos. La amenaza que pesa sobre nuestra cabeza, verdadera cabeza de turco de Europa, no es un misterio. El día en que Francia, Alemania é Inglaterra logren ponerse de acuerdo, habremos dejado de existir, no sólo en Europa, sino en gran parte de Asia. Francia quiere Beirut, y tal vez también Damasco; Inglaterra quiere el Yemen; Alemania quiere Bagdad, y Rusia no quita la vista de Constantinopla. ¿ Qué es, pues, un arenal lejano en esta formidable liquidación de un día más ó menos cercano?... Créame usted : nosotros no pensamos muy á menudo en los problemas exteriores; pero cuando lo hacemos no es para estudiar el conflicto italiano, sino para ver el reparto futuro de todo nuestro imperio. Hable usted de esto con la gente culta y en el acto verá que todos tienen

sus ideas sobre lo que debe hacerse el día del gran cataclismo. Pero no les hable usted de la guerra actual, porque ni siquiera sabrán qué contestarle.

— ¿De modo que mi viaje ha sido inútil? — le pregunto.

— No — me contesta, — no; puesto que ha visto usted la gloria del sol cuando se pone en el Bósforo coronando de llamas las cúpulas de Santa Sofía...

Y recobrando su amable sonrisa de joven turco constitucional y modernista, exclama :

— ¡ Camarero, dos mastik !

El regreso de Oriente

EL REGRESO DE ORIENTE

¿Quién ha dicho que el mayor placer de un viaje, para los que vivimos en París, es el retorno?... Yo, probablemente, entre otros. Pero, de seguro, fué al volver de alguna ciudad de aguas bulliciosa y triste, en los días luminosos en que el sol, « ese dorador », convierte en áureas madejas las cabelleras de las obreritas y

Fait d'une feuille morte un vivant papillon.

Ahora, en verdad, rectifico. Este París pálido bajo el inmenso cristal ahumado de su cielo; este París, lleno de lodo, y de gritos, y de fiebres; este monstruoso París, que tiene entre sus muros estrechos más gente que toda la Siria, con Jerusalén y Damasco y Beirut, me causa, al regresar de Oriente, una sensación infinita de congoja. ¿Es esto lo que el mundo entero considera como la ciudad más bella del mundo, como la ciudad más feliz del mundo, como la ciudad más envidiable del mundo, como la ciudad más rica del mundo?...

Me figuro ver llegar á un árabe de aquellos que en cualquier aldea de Siria, con un caballo y un fusil, se sienten dichosos. Y al verlo perdido entre estas multitudes de gentes que van en automóvil con las caras crispadas por la ambición, me parece oírlo compadecer la gran miseria sórdida de los que no tienen ni sol para reconfortarse, ni tiempo para soñar, ni espacio para hacer, en plena calle, las profundas genuflexiones de la prez musulmana.

— ¡Pobre gente! — le oigo decir. — ¡Pobre, pobre gente!

Esta lástima yo mismo la experimento ahora, comparando la existencia que acabo de dejar con la que voy á adoptar de nuevo. ¡Terminadas, ¡ay!, las excursiones perezosas por calles de silencio y de luz; terminadas las charlas sin prisa, á la sombra de las mezquitas, en los barrios santos; terminados los espectáculos de los bazares, con sus tiendecillas llenas de compradores que no tienen prisa y de vendedores que no tienen impaciencia; terminadas las pipas olorosas en las terrazas de los cafés; terminadas las tardes tibias bajo los sicomoros milenarios!...

Desde muy temprano, tendré que ir de prisa entre gente que parece atacada del mal de la rapidez. En cada esquina tendré que esperar instantes larguísimos á que un guardia detenga las cataratas de coches, para dejar pasar á los que van á pie. En el «restaurant» ó en el café

tendré que comer de prisa, que beber de prisa, que fumar de prisa, para dejar el sitio á los que vienen detrás de mí.

Y los amigos, en vez de hablarme de suaves cosas vagas, me dirán que el Ministerio ha caído, que otro Ministerio se ha formado, que un banquero se ha suicidado, que un gran periodista está en la cárcel, que los teatros ganan millones, que la Bolsa no está tranquila, que se temen inundaciones, que se desea la guerra, que se preparan expediciones coloniales, que la moda ha cambiado, que el malestar es terrible, que la vida es cada día más cara, que los Hospitales están repletos de gente que se muere de vejez á los cincuenta años, que la miseria es trágica, que los crímenes son espantosos, que el dinero no produce sino el dos por ciento, que los que más ricos parecen están comidos por las deudas, que bajo cada manto de armiño gime un alma desesperada, que no hay nadie que tenga confianza en nadie...

Y después de oír todo esto, las palabras sacramentales llegarán á mis oídos:

— ¡No hay vida como la de París!

Es cierto... No hay vida como la de las grandes capitales occidentales, ya sea París, ó Londres, ó Viena, ó Berlín... No hay vida como la de estos inmensos emporios de codicia y de vértigo. No hay vida como la de estos antros, en los cuales cada paso representa un esfuerzo, cada día un

triunfo, cada risa un milagro. Pero no sé si esto es preferible á la paz indiferente de las aldeas asoleadas. Ó, mejor dicho, sí, sí lo sé. Hoy, por lo menos, que aún no he recibido el contagio de la existencia vibrante, estoy seguro de que cualquier beduíno de Damasco, cualquier árabe de Jafa, cualquier felá de Luxor, es más feliz que mis amigos del Bulevar, los triunfadores de las artes, los que se sienten superiores porque tienen un automóvil trepidante, una querida trepidante y un alma trepidante.

Pero mañana, cuando el veneno de la civilización haya penetrado en mí; cuando la visión de los espacios luminosos no me llene el corazón de nostalgia; cuando la perspectiva de un estreno me parezca cosa más importante que una puesta de sol en el desierto; cuando la sonrisa pintada de una cortesana me haga olvidar las miradas patéticas de las moras; cuando el Ministerio que cae y el Ministerio que se forma me preocupan más que el misterio de un templo antiguo; cuando la vida europea me desequilibre de nuevo, en fin, mañana ó pasado, yo también diré, lleno de compasión hacia los que viven en pueblos lejanos y luminosos :

— ¡No hay nada como París!...

NOTAS DE ESPAÑA

Á Claudio Santos González